

ANA SONRÍE



Es agosto y llueve. En el estudio al final del patio, los pinceles descansan por todas partes, los potos de pintura, adornados con gotas que se deslizaron para secarse y pequeñas arañas se asoman detrás de los cuadros inacabados, un poco enmohecidos, recostados al fondo del estudio de paredes blancas manchadas por viejas pruebas de color. Ana no fue a trabajar. Esa mañana decidió quedarse en casa. Luego de dejar a los chicos en el bus, volvió, cerró la puerta principal con llave, llamó a la oficina, dijo que los chicos estaban enfermos y pidió permiso para quedarse con ellos. El jefe no preguntó nada pero Ana supo que la despediría. El perro amarillo está sentado a su lado frente al ventanal que da al pequeño patio interno. Llueve. Mientras acaricia la cabeza del perro amarillo, Ana piensa en las miles de cosas que puede hacer para ganarse la vida luego del lunes. La voz del señor Abe era definitiva, como la de Carlos aquella vez que le había dicho el lunes hablamos, Ana. Ocho años después y aún

puede escucharlo decir el lunes hablamos. Mientras camina por el largo pasillo de la casa, sueña con las voces de los chicos, con sus risas. Piensa en lo que le contarán que vieron por la ventana del bus, lo que hicieron ese día. Llegarán pronto pero Ana se va para atrás, a la pequeña cabaña que alguna vez acomodó como estudio. La puerta se abre a las seis y media, como siempre. Las voces de los chicos y de Alba –la mujer que los recoge en la parada del bus y se queda con ellos hasta que Ana vuelve– inundan la casa. El perro amarillo sale a recibirlos, no mueve la cola y ladra, ladra sin parar. Alba lo calla pero el perro sigue, no juega con los chicos, ladra frente a la puerta del jardín que Ana cerró. Cuida la casa, le había dicho mientras se quitaba los zapatos. El perro quiso seguirla y trató de evitar que cerrara la puerta interponiendo su hocico. Ana, que ya había bajado un par de gradas, lo empujó con la rodilla derecha y repitió, cuida la casa, ladre cuando vengan los chicos, y cerró la puerta. El perro la escuchó bajar las gradas descalza, sus pies chapoteaban en las pozas de las desiguales gradas, luego la escuchó caminar despacio por el camino de lozas que atravesaba el jardín. Cuando se mudaron a esta casa, Ana había sembrado un huerto. Ahora sólo crecía la hierba alimentada por la lluvia. La escuchó alejarse por el camino y percibió el cambio en el sonido de los pasos lejanos cuando Ana entró al estudio. Ana no encendió la luz. El perro se echa frente a la puerta del jardín hasta que escucha la llave meterse en la cerradura principal y sale corriendo a recibir a los chicos. Ana

no enciende la luz cuando la tarde termina de caer. Sabe que los chicos han vuelto del colegio. Desde la ventana del estudio mira hacia la casa, la luz de la cocina se enciende y el perro ladra. Recordó el primer día en su estudio. Los chicos jugaban afuera, decidían dónde sembrarían tomates y zanahorias, dónde iría el albahaca y el perejil, ponían banderines de paleta de helado y papel con dibujos que habían hecho por la mañana y que permitían identificar las macetas para los chiles de aquellas donde iría el ajo y de la otra destinada a la hierbabuena. Mientras los chicos reían, ella arreglaba el estudio, colocaba cuidadosamente los botes de pintura, los pinceles y los botes de solvente. En un rincón había colocado una canasta de mimbre alta y profunda en la que guardaba cosas que le ayudaban a darle textura a los fondos de sus cuadros. Papel aluminio, hojas secas, telas y cuerdas de distintos grosores. El perro amarillo era cachorro y jugaba con el trapeador que había dejado recostado junto a la puerta. Ana preparaba su espacio. Ahora el perro ladra de nuevo. Ana mira su reflejo en el espejo que, cinco años atrás, había colocado sobre una de las paredes para que la pequeña habitación pareciera más grande. La luz del patio vecino que entra por la ventana alumbraba la canasta de mimbre, Ana se acerca y saca una a una las cosas. Telas, papeles, cuerdas delgadas, lanas, cuerdas gruesas, todas llenas de polvo que cubría los rastros de pintura de colores. Los chicos abren la puerta del patio pero la voz de Alba que les dice chicos vamos a la tienda, los detiene. Sólo el perro sale corriendo, busca a Ana

en el estudio, se queda un momento con ella mientras acomoda el banco también lleno de manchas de pintura y cubierto por el polvo. Ana le rasca la cabeza y se inclina para darle un beso en la punta de la nariz. El perro gime. Sale corriendo, atraviesa el jardín y espera inquieto a que Alba y los chicos vuelvan de la tienda, los espera ladrando. Cuando Alba mete la llave en la cerradura, la vecina asoma la cabeza a la ventana y dice algo le pasa a ese perro, lleva ya un par de minutos casi aullando, qué raro porque la señora Ana volvió hace rato. Los chicos entran corriendo, llamando a Ana, pero nada, sólo el silencio más pesado que el ladrido del perro amarillo que corre veloz a través del patio, de un lado a otro, va y vuelve y para frente a la puerta del estudio y ladra más fuerte sin mover la cola y vuelve a correr. Alba enciende los reflectores que alumbran el patio y les dice a los chicos que caminen sobre las piedras, que con este clima y la hierba crecida puede salir un sapo por ahí o una alimaña y darles un susto. Mientras se acercan al estudio, los chicos le apuestan a Alba que seguro un gato o una enorme rata se ha metido al cuarto empolvado. El perro amarillo ladra, los pasos de los chicos sueñan en los charcos, sus risas llenan el jardín. Los chicos ríen imaginando a mamá subida en un banco, quizá sobre la mesa, protegiéndose del animal que la tiene encerrada en el estudio. Ríen. Ana no los escucha. El perro ladra. Frente a la entrada del oscuro estudio los tres tragan saliva antes de que Alba, nerviosa y sonriente, con un palo en la mano, se decida a empujar la puerta. El chico ríe

nervioso y cierra los párpados, la chica lo imita y toma fuerte de la mano a Alba que pronto grita. El perro ladra. Ana sonríe. Los chicos no pueden hablar. El banco está tirado. Ana cuelga al centro de la habitación. Una cuerda gruesa, con manchas de distintos colores rodea su cuello.